

de obligar á la madre á que se levantara y les siguiese. Hecho esto, prosiguieron los indios su camino, haciendo marchar delante á Mrs. Dustin con los demás prisioneros; pero al poco rato uno de aquellos caribes cogió el niño de la señora y lo estrelló contra un árbol. Al presenciar tan horrible crueldad la pobre madre creyó morir, mas haciendo un poderoso esfuerzo, pudo continuar su camino con los salvajes, que se dirigian á la frontera del Canadá. Durante el viaje vió caer bajo los golpes del *tomahawk* á todos los prisioneros cuya fatiga y cansancio no les permitia andar mas, y despues de haber descansado una noche en compañía de una familia india encargada de custodiarla, continuó su camino con los salvajes, que, segun supo despues, se dirigian á un punto de reunion para martirizar allí á sus prisioneros. Al oír esto Mrs. Dustin tomó un resolucion desesperada; ¿no seria obrar en justicia matar á los asesinos de su hijo, y salvarse por este medio para ir á buscar á su esposo, si felizmente no habia muerto? Esto pensó aquella varonil mujer hallándose ya á cien millas de Haverhill, y cierta noche, inclinando á la nodriza y á un muchacho que se hallaba tambien prisionero, á que se uniesen á ella, aquella valerosa mujer, sin mas auxilio que estos dos débiles séres, mató á todos los indios, excepto dos de los mas jóvenes, con sus propias hachas, y huyó á través de los bosques con direccion á Haverhill.

Frontenac seguia luchando con los Iroqueses, y á pesar de sus setenta y cuatro años, condujo personalmente una expedicion y entró en son de guerra en el territorio de los

Unondagas y de los Oneidas, cuyos pueblos incendió juntamente con sus campos. ¡Doloroso era en verdad ver á un hombre de noble descendencia, de heróico valor y que se hallaba ya en el último periodo de la vida, sancionar el tormento de un prisionero, aplicado con todo el refinamiento de la mas salvaje crueldad! «Triste espectáculo era ciertamente,» dice Charlevoix «ver á cuatrocientos salvajes martirizando á un pobre anciano centenariano, que, lejos de quejarse, reprendia á sus verdugos lamentándose de que se hicieran esclavos de los franceses á quienes miraba con el mayor desprecio. Al recibir el golpe de muerte exclamó aquel hombre valeroso: «¿Por qué acortais mi vida? ¡Esto puede ser viros de lección para que sepais como debe morir un hombre!»

El último año de aquella guerra fué terrible: la crudeza del invierno y la falta de víveres se unieron al temor de que una flota francesa atacase á la ciudad de Boston; pero felizmente no tuvo resultado alguno aquella expedicion, y hácia fines del **1697**, año 1697 firmóse la paz de Ryswick, terminando con esto la primera guerra intercolonial.

Segun las condiciones del tratado, cada una de las partes debia conservar los territorios que poseia antes de la guerra, lo cual dejaba á las colonias de ambas naciones en una posicion muy semejante á la en que se hallaban antes de empezar la lucha. Prescindiendo de esto, habiase ya engendrado un odio á muerte que podria dar lugar á que estallase de nuevo la guerra apenas se presentara una ocasion favorable.

CAPÍTULO II.

1696—1748.

NUEVA-INGLATERRA: SEGUNDA Y TERCERA GUERRA INTERCOLONIAL.

La Junta de Comercio y de las Colonias.—Lord Bellamont, gobernador del Massachusetts.—Su popularidad.—Muerte de Bellamont.—Dudley.—Polémica.—Segunda guerra intercolonial.—Preparativos.—Los indios y Rouville.—Matanza en Deerfield y Haverhill.—Expedicion contra el Canadá.—Toma de Annapolis.—Expedicion de Walker.—Proyecto de un ataque combinado.—Su mal éxito.—Parecer de los colonos.—Resultados de la paz de Utrecht.—Cuestion de crédito.—Banco público.—El coronel Shute, nombrado gobernador.—Disputas.—Estincion de la piratería.—La viruela y su inoculacion.—Burnet, gobernador.—Cuestiones sobre sueldo.—Reclamacion al rey.—Conducta de la Junta de comercio.—Belcher, sucesor de Burnet.—Los colonos victoriosos en la cuestion del sueldo.—Disturbios en la frontera.—Los indios de Rasles y Norridgewock.—Lovewell.—Revancha.—Periódico en Boston.—Franklin.—Destitucion de Belcher.—Nombramiento de Shirley.—Un gobernador popular.—Arreglo de la cuestion de limites relativa á New-Hampshire, Maine, y Rhode-Island.—Tercera guerra intercolonial.—Toma de Louisbourg.—Tratado de Aix-la-Chapelle.

Poco antes de la paz de Ryswick y á consecuencia de haberse quejado varios mercaderes ingleses de que se habian infringido por algunos colonos las disposiciones relativas al comercio, instituyóse la Junta superior del Comercio y de las Colonias, que era

1696. una comision permanente compuesta del presidente y siete miembros, conocidos con el nombre de Lores del Comercio. Esta comision reasumió las funciones que hasta entonces habian venido desempeñando los comités del Consejo Privado. Algun tiempo despues se disminuyó algun tanto la autoridad de la citada junta, pero hasta la época de la revolucion americana, continuó inspeccionando con el mayor celo las colonias y sus asambleas; luchó para contrarrestar, tanto las prerogativas del rey, como las del Parlamento; trabajó para vigorizar la autoridad de los gobernadores, y observando en fin una política sistemática, hizo todo lo posible con el objeto de que América pudiera deshacerse de las trabas que perjudicaban en cierto modo á los intereses comerciales de la madre pa-

tria. En su consecuencia rectificáronse las disposiciones sobre el comercio; confirióse mayor autoridad á los recaudadores de impuestos, y se creó un tribunal de marina que tendria la facultad de apelar al rey en consejo.

Lord Bellamont, noble caballero irlandés, de agradables maneras y distinguido porte, fué nombrado gobernador del Massachusetts, cuyo cargo dimitió Stoughton despues de la muerte de Phipps en 1695. Lord Bellamont dejó á Nueva-York y llegó en el mes de mayo de 1699 á la ciudad de Boston, donde, merced á su esquisito tacto, supo conquistarse la buena voluntad de todos los partidos. Siguiendo la costumbre de su pais, el nuevo corregidor ordenó la apertura del Congreso general, en el que se pronunciaron interesantes discursos de los que se remitió copia á las dos Cámaras, mandándolos imprimir despues. Damos aquí el extracto de uno de ellos para que tengan nuestros lectores una idea del modo de proceder y de las opiniones de Lord Baltimore. Su primer discurso, muy largo por cierto, terminaba del modo siguiente: «Faltaria á la

consideracion que os debo y á la que me debo á mí mismo, si no os recordase los indispensables deberes que tenemos para con el rey y el respeto que nos merece por habernos libertado de la odiosa tiranía que ha oprimido nuestras conciencias, subvertiendo nuestros derechos civiles. Seguramente hay algo providencial en lo que el monarca ha hecho por nosotros, y al decir esto, no es mi intencion robar á Dios su gloria por haber dispuesto se llevase á cabo la feliz y maravillosa revolucion que há poco acaba de presenciar Inglaterra. El Todopoderoso dispuso seguramente en sus altos designios tan fausto acontecimiento, para que el rey Guillermo fuese el autor é instrumento de su obra. Desde el año 1602 hemos tenido en Inglaterra una sucesion de reyes, que, lejos de mirar por sus propios intereses y por los nuestros, se han consagrado con inexplicable persistencia á violentar y subvertir nuestra religion, nuestras leyes y nuestras libertades, hasta que Dios ha permitido al fin, en su infinita bondad y sabiduría, que tengamos un verdadero rey inglés, representado en la persona que ahora ocupa el trono, y el cual en todas ocasiones ha espuesto su vida en las batallas y en los sitios de mas peligro. El ha conseguido que se despertasen en nuestra nacion los sentimientos de valor y energía adormecidos hace algun tiempo; y lo que es mas, S. M. atiende con preferencia á los intereses de su pueblo. Es por lo tanto nuestro deber rogar á Dios fervorosamente que conceda á nuestro gran rey Guillermo un largo y próspero reinado, y yo estoy persuadido que tanto vosotros, los que estais aquí presentes, como todos aquellos que desean el bien de su patria, unirán sus votos al mio animados de mis mismos sentimientos: He dicho.»

Los célebres piratas ó filibusteros, de que ya hicimos mencion en otro capítulo, habian

perdido el apoyo de Francia é Inglaterra á consecuencia de las reclamaciones de España, viéndose obligados por lo tanto á cambiar su método de vida. Algunos de ellos fueron á establecerse en la parte occidental de Hayti; otros continuaron sus correrías, y no pocos cayeron en poder de las autoridades de las colonias. Con este motivo formóse una compañía, de la que el mismo rey Guillermo tomó acciones, para enviar cruceros que se apoderasen de las ricas presas hechas por los piratas. Por estraño que parezca, **1697.** debemos consignar aquí que al famoso capitán Kidd se le confirió el mando de un buque para el objeto indicado, y aunque era una persona de irreprochable conducta, sucedió que al poco tiempo, no pudiendo sin duda resistir á la tentacion, se hizo pirata, convirtiéndose en compañero de aquellos á quienes debia perseguir. Este hecho que no podia menos de llamar la atencion, hizo que no se pensara mas que en apoderarse del capitán Kidd, y Lord Bellamont recibió entonces orden de perseguir al nuevo pirata, de cuya captura dependia la buena reputacion del gobernador y de varios amigos suyos, por ser este el único medio de acallar las murmuraciones de algunos, nada favorables para los que habian recomendado al capitán. Al saber esto, Kidd enterró sus tesoros en un extremo de Long-Island, quemó su buque y tuvo el atrevimiento de presentarse públicamente en Boston; pero una vez allí, se le redujo á prision para enviarle despues á Inglaterra, donde fué ejecutado en compañía de Bradesh y otros de sus compañeros.

Merced á su prudente administracion y á su influencia, obtuvo Bellamont que se votase en su favor una consignacion mayor que la que disfrutara ninguno de sus predecesores, pues el Congreso general le señaló 9,000 libras por los catorce meses que habia estado

en la colonia. Esta cantidad, sin embargo, parte de la cual estaba destinada á reconstruir el fuerte de Pemaquid, y otros gastos de utilidad pública, no tuvo aplicacion porque poco despues, hallándose Lord Bellamont en Nueva-York, murió de repente cuando trataba de arreglar varias cuestiones relativas al comercio.

José Dudley, hombre ambicioso, pero nada popular, fué nombrado por el rey para ocupar la vacante, y recibió su despacho por mano de la reina Ana, que habia sucedido á Guillermo en el trono. Dudley llegó á Boston en 1702, y en su primer discurso, dirigido al Congreso y Consejo, dijo lo siguiente: «S. M. me encarga os haga observar que esta es la única provincia perteneciente á la corona de Inglaterra, donde no hay un local á propósito para recibir al gobernador, ni tampoco un sueldo fijo para éste, el secretario, los jueces y demás funcionarios públicos, lo cual, como sabeis, se os ha recomendado ya. Y como quiera que esta provincia se haya visto favorecida con las bondades del soberano en mas de una ocasion, de esperar es que se apresure á cumplir con los deseos de S. M.» La Cámara contestó al dia siguiente con estas palabras: «En cuanto á los puntos de que nos habló ayer vuestra excelencia, obedeciendo las órdenes de S. M., la Cámara ha acordado manifestaros que procederemos con la mayor brevedad posible á tomarlos en consideracion.» Habiendo pedido que se consignasen del Tesoro 500 libras para el gobernador, la Cámara observó lo siguiente al contestar á ciertos párrafos del discurso: «En cuanto á fijar un sueldo para el gobernador, eso es enteramente nuevo para nosotros y no es cosa que convenga á nuestra constitucion actual; pero estamos dispuestos por nuestra parte á hacer cuanto sea posible para el sostenimiento del gobierno.»

Vemos, pues, que los testarudos diputados de Boston no estaban para hacer gastos de esta naturaleza. Dudley no pudo conseguir nada de ellos, y seguramente desde aquella época data la contienda entre gobernadores y colonos acerca de sus respectivos derechos y privilegios.

Las disputas entre Francia é Inglaterra, respecto á la «sucesion en España,» dieron margen á una segunda guerra intercolonial y enredó á los colonos, no solo con los franceses en el Norte, sino tambien **1701.** con los españoles, en la Florida. En 1702 hicieron apresuradamente en el Canadá preparativos para renovar la lucha, y las colonias de Maine fueron atacadas con indecible furia, á causa de haber roto los colonos las hostilidades, saqueando la casa del ahijado del Baron Castin, en Penobscot. Los **1703.** indios de la parte oriental, que se hallaban bajo la influencia de los franceses, se pusieron tambien en movimiento, sedientos siempre de venganza, y bien pronto un cuerpo de 200 canadenses y 150 indios, al mando de Hertelle De Rouville, bajó por el Connecticut en el mes de marzo de 1704. Aprovechando la oscuridad de una fria y lluviosa noche, cayeron aquellas fuerzas sobre el pueblo de Deerfield, y sorprendiendo á los centinelas dormidos, escalaron la empalizada fácilmente. El pueblo fué entregado á las llamas, **1704.** despues de matar á cincuenta de sus habitantes y de coger prisioneros á otros ciento, que fueron conducidos al Canadá, distante 300 millas, á través de los bosques, cubiertos de nieve. Las mujeres y los niños que á causa de la fatiga no podian continuar su marcha, eran muertos sin compasion por los indios. Como represalia por estas atrocidades, los ingleses ofrecieron un premio de 100 libras por cada piel de cráneo de los indios, y entonces fué la frontera teatro de una